

JUAN ANTONIO MUÑOZ H.

Ha vivido prácticamente un siglo. El 7 de enero, Carmen Aída Barros Alfonso cumplió 97 años sin perder el timbre de su voz, con su mirada azul fuerte y serena a la vez, su temperamento positivo y su energía inquebrantable. Impresiona escucharla relatar con lujo de detalles sus experiencias en más de nueve décadas y ver cómo es capaz de comprender el mundo actual y las opciones de las generaciones que comienzan.

Para muchos jóvenes, seguramente el rostro de Carmen Barros está asociado con la serie chilena "Los años dorados" (2015), donde interpretó a una anciana llevada de sus ideas, malhablada y sin pelos en la lengua. Tal vez algunos sepan que fue la compositora y la protagonista de la primera comedia musical chilena ("Esta señorita Trini", 1958) y que fue la primera Carmela de San Rosendo de la popularísima "La Pérgola de las Flores" (1960).

Hija de Tobías Barros Ortiz (1894-1995), militar, político y diplomático chileno, debido a las misiones internacionales desempeñadas por su padre, Carmen viajó desde muy niña. Pasó su infancia en Lima cuando él fue agregado militar en Perú, y la siguiente estación fue Alemania, nada menos que durante el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, con su padre como embajador de Chile en Berlín.

Ya entonces, la música era parte central de su vida. Con su hermano Tobías, recibió clases de piano en Perú mientras que la ópera se le había metido en el alma, probablemente incentivada por las lecciones que recibió de Gaudio Mansueto, un bajo italiano avecindado en Chile que entre sus pergaminos cuenta con haber interpretado el rol del Rey Marke en el debut de "Tristán e Isolda" de Wagner en La Scala (1900), bajo la dirección de Arturo Toscanini. En Berlín, los hermanos Barros Alfonso tuvieron de maestra de piano a Jenny Krause, hija de Martin Krause, maestro de Claudio Arrau.

Tras la ruptura de relaciones entre Chile y Alemania, la familia permaneció nueve meses en Berlín, volviendo a Chile a comienzos de 1944. Ese año, estrenó elseudónimo de "Marianela" y debutó como cantante en radio Agricultura. Algunos de sus éxitos fueron títulos como "Lili Marlen", "Ojos negros", "La enaguíta" y "Vereda tropical". En 1946 asumió el rol de Marcelina en una versión de la ópera "Fidelio" (Beethoven), en el Teatro Municipal de Santiago. Eran los años de su debut discográfico y en cine, en cintas como "Bajo un cielo de gloria" (1944), de José Bohr.

Entre 1953 y 1957, su padre fue nombrado embajador del gobierno de Carlos Ibáñez del Campo en Italia, y esta vez Carmen Barros se estableció en Roma y en Viena. En sus viajes ocasionales a Chile mantuvo su trabajo musical con recitales de *lieder* acompañada por pianistas como Federico Heinlein y Rudy Lehmann. Tras los éxitos de "la Trini" y la "Carmela", llegó a la televisión, esta vez con Los Gatos, grupo que formó entre 1964 y 1968. Su regreso al cine fue en la película "La casa en que vivimos" (1970), de Patricio Kaulen, y tras el II de septiembre de 1973 partió a Nairobi (Kenia), donde trabajó como funcionaria de la ONU. De regreso a Chile, entró a trabajar en TV y su primera teleserie fue "Los títeres" (1984), con guion del dramaturgo Sergio Vodanovic. Vinieron muchas otras, como "El amor está de moda" (1995) y "Papi Ricky" (2007). Nunca ha dejado de trabajar y ahora, según relata, está ilusionada en poder remontar "Esta señorita Trini" con el músico Miguel Ángel Castro. "Será una maravilla poder hacerlo, pero primero tenemos que salir de esta pandemia", dice.

El chileno anda enojado y rara vez se alegra. Es una pena, pues tenemos un país lindo, completo. Viví en muchas partes, pero estoy feliz aquí".

Tras la ruptura de relaciones entre Chile y Alemania, la familia permaneció nueve meses en Berlín, volviendo a Chile a comienzos de 1944. Ese año, estrenó elseudónimo de "Marianela" y debutó como cantante en radio Agricultura. Algunos de sus éxitos fueron títulos como "Lili Marlen", "Ojos negros", "La enaguíta" y "Vereda tropical". En 1946 asumió el rol de Marcelina en una versión de la ópera "Fidelio" (Beethoven), en el Teatro Municipal de Santiago. Eran los años de su debut discográfico y en cine, en cintas como "Bajo un cielo de gloria" (1944), de José Bohr.

Mozart en el corazón

Para la actriz Anita Reeves, su amiga y compañera de trabajo, Carmen Barros es una de sus "Madres" y una "Maestra". "No me siento maestra. Creo que me sienten maestra porque soy habladora y porque pronuncio muy bien, algo que debo, entre otras cosas, a que siendo chiquita estuve mucho tiempo en Perú. Aprendí a no dejar caer los finales, como hacen los chilenos. Uno nunca sabe lo que dicen, lo que es una pena. Tampoco me gustan los garabatos; de repente digo alguno, cuando me corto un dedo, pero aún así no me salen naturales", comenta sonriente en su departamento de Providencia.

—Gloria Münchmeyer dice que usted es un "fenómeno biológico".

"Es una preciosa esta Gloria. La frase es de Valentín Trujillo y la Gloria la encontró genial. No creo ser un fenómeno biológico, pero lo que sí creo es que soy práctica, lo que es muy bueno y ayuda a la vitalidad y a la salud. Tengo sentido práctico, y eso me ha salvado. Un ejemplo: quise ser cantante de ópera y no lo fui, pe-



"Tuve opción de iniciar una carrera internacional, pero quería conocer mi país, donde casi no había estado. También quería estar con mis hijos. Nunca me arrepentí".

ENTREVISTA | A sus 97 años, recuerda con agudeza cada momento de su vida

CARMEN BARROS:

"La voz fue mi salvación"

Es una leyenda en vida. Cantante, actriz y profesora, ha desarrollado una infatigable vida artística fraguada entre maestros de renombre y largas temporadas en Europa.

Optimista por esencia, piensa que Chile vive un tiempo de auspiciosas transformaciones, aunque lamenta la falta de educación y el mal uso del lenguaje.



La primera Carmela de San Rosendo fue Carmen Barros. Aquí, protagonizando "La pérgola de las flores" en 1960, que alcanzó gran popularidad entre el público.



En 1958, la actriz Carmen Barros protagonizó la primera comedia musical chilena, "Esta señorita Trini", de Luis Alberto Heiremans.

ro me digo, no importa, cantaré blues... o lo que sea".

—Usted dice que no fue cantante de ópera, pero ópera sí cantó. Además se llama Carmen Aída.

"Sí, pero eso es coincidencia nomás. A mí me gustaba Mozart por sobre todas las

to y Jaime Amunátegui Barros). Opté por ellos. Mi sentido de familia, herencia de mis padres, es muy fuerte. Nunca me arrepentí".

"Pero el canto me siguió toda la vida. De hecho, estando en Nairobi, a los ingleses que estaban allá se les ocurrió montar 'The Mikado', una ópera cómica con música de Arthur Sullivan y libreto de W. S. Gilbert, y me escogieron para ser la protagonista. Yo estaba muy nerviosa, pero de repente salió mi lado práctico y me dije: 'Mira Carmen, eres chilena, estás en Nairobi, vas a cantar una ópera en inglés y tu personaje es una japonesa'. Una verdadera locura. Eso me envalentonó y fue un gran éxito".

Llave de todas las puertas

—Usted ha usado mucho la voz, ¿qué es para usted la voz?

"Mi salvación. En sentido real y metafórico. Lo digo en serio. Una vez iba por la calle Dublé Almeyda, en Ñuñoa, con dos cámaras fotográficas que tenía que ir a dejar, y un tipo me las quiso quitar. Yo no estaba dispuesta a entregarlas. Me lancé al suelo y me puse a dar unos sobregudos impresionantes, al estilo de Yma Súmac (se refiere a una cantante peruana, famosa por tener el rango vocal más extenso del planeta en los años cincuenta del siglo XX). El hombre salió arrancando. He usado mucho la voz, desde muy chica; la usé cantando y silbando, no hablando. Yo había mucho después de haber empezado mi carrera".

—¿Tuvo conciencia desde niña de que la voz sería central en su vida?

"La verdad, sí. Yo cantaba siempre, imitaba a la Lily Pons, que era una cantante muy famosa (tarea "Una voce poco fa", de "El barbero de Sevilla", de Rossini). Y yo le decía a mi mamá que yo lo podía hacer igual de bien que ella. Me di cuenta muy temprano de que la voz iba a ser mi instrumento, lo llave para abrirme todas las puertas. Más adelante comencé a imitar a Deanna Durbin, que tenía una voz preciosa y a Judy Garland".

Escuchando a la Callas

—¿Cuando era joven usted pudo ver a María Callas?

"Cuando estábamos en Roma recién llegados, unas niñas serenas muy encantadoras, las Aguirre, me dicen que la única

que vale la pena como cantante es una tal María Meneghini Callas. Partí a verla y entra esta mujer con un vestido blanco precioso. Abre la boca y, sin mediar nada más, a mí me saltaron las lágrimas. Su voz me produjo una cosa física tremenda, un estremecimiento. Nunca volví a sentir algo así. Era una voz muy especial, distinta, como rasposa, fascinante. Luego la volví a oír en un concierto de mediodía. Ahí me di cuenta de lo gorda que era en esos años. Bonita, sí, pero monumental. Pero empezaba a cantar y daba lo mismo".

—Aparte de la voz, ¿qué fue lo que más le llamó la atención en ella?

"De inmediato me di cuenta de que ella tenía absoluta conciencia de ser una muy buena cantante, algo que es imprescindible para enfrentar los roles tan difíciles que ella hacía. Si no tienes esa conciencia, simplemente te mueres de susto y no puedes cantar. Años después vi una foto de ella con su marido, Meneghini, y se notaba que entre ellos había una cosa como de cariño paternal y no del amor entre un hombre y una mujer, que fue lo que encontré en Onassis. María Callas envejeció de un día para otro producto de la falta de amor, cuando llegó Jackie Kennedy. Y era aún joven, fue algo terrible".

Cultura entre bombardeos

—¿Cómo fue para usted y su hermano ser alumnos de Jenny Krause?

"Era una mujer muy agradable, extraordinaria profesora. Ella no tenía mucha conciencia de quién era y de dónde procedía. Para ella, Arrau era simplemente Claudio, el alumno de su padre".

—Es impresionante pensar que todo esto ocurría en tiempos de guerra...

"Vivimos tres años en Berlín, en plena Segunda Guerra. Bueno, un país en guerra es un país en guerra, pero el mundo diplomático mantenía una vida, como se podría decir, más festiva. Tuvimos buenas amistades, y pude nutrirme de la cultura, los conciertos, la ópera, el teatro. Entre tantos otros, conocí a Rosita Serrano. Los alemanes estaban enamorados de ella, y con toda razón, porque tenía una voz privilegiada. Después dijeron que ella era nazi y no fue así. Tampoco creo que haya conocido a Hitler ni a los mandamases. Nosotros tampoco los conocimos; mi padre tuvo que presentarle credenciales, pero eso fue todo.

—Berlín fue muy asediada. ¿Qué pasaba con los bombardeos?

"Una vez con el Toby, mi hermano, sacamos la cuenta de los bombardeos. Y al año teníamos unos cincuenta. La embajada estaba cerca de la central aérea que devolvía los disparos. Entonces, cuando venía bombardeo había que esconderse. Pero nunca nos pasó nada".

—¿Y qué sucedió cuando Chile rompió relaciones con Alemania?

"Después de que Chile rompió relaciones con el eje seguimos teniendo una vida artística en la casa. No volvimos de inmediato. Estuvimos allá unos 9 meses más. Se terminaron las relaciones diplomáticas, pero Alemania obviamente no podía meternos presos".

Nuestra lengua castellana es tan hermosa. Pero aquí no se usan sinónimos, no se busca tonos, matices. 'Heavy la huevó' es lo que se repite".

"Me preocupa la lengua"

—Ha vivido casi un siglo, ¿cómo ve el medio artístico chileno actual?

"Estoy bastante optimista. La gente joven quiere actuar y trabajar. Eso implica que lo ven como una carrera. Es un momento de grandes transformaciones, pero no de fin".

—¿Qué le falta a Chile en términos culturales?

"No soy pesimista, para nada. Hay un mundo de cultura que está caminando todo el tiempo, jóvenes que ofrecen miradas interesantes. Lo que sí nos falta es educación. Me preocupa el uso del celular y que nuestra lengua castellana, tan hermosa, dé lo mismo. Que si tú dices una cosa o dices otra, da lo mismo. El problema es que no da lo mismo. Hace años, enseñé expresión oral en la Universidad Mayor. Justo antes de clases, escuché un diálogo en que lo único que repetían era *heavy la huevó*. Lo encontré impresionante, llegué a la clase, me presenté y les dije *heavy la huevó*. Les pedí que buscaran cómo decirlo en español, sinónimos. Difícil la cuestión. El chileno no usa sinónimos, siempre las mismas palabras, no busca tonos, matices. Por eso te digo, es *heavy la huevó*...".

—¿No le parece que anda mucha gente enojada en la calle?

"El chileno siempre anda enojado. Yo creo que el chileno es un poco el niño solitario. Eso. Los chilenos siempre se sintieron muy solos, quizás por nuestra situación geográfica: cordillera de un lado, mar, hielo, desierto. Se sintieron solos, pero también les gustó ser únicos, ser especiales. El chileno rara vez se alegra, o se alegra cuando toma trago. Y es una pena, porque tenemos muchos motivos para estar alegres; este es un país muy lindo, completo. Yo estuve en tantas partes, pero estoy feliz de vivir aquí. De hecho, sé muy bien que ya no volveré a viajar, porque le tengo miedo a mi corazón y siempre le he tenido miedo a los aviones, pero en mi momento en absoluto, porque vivo en me Chile, al que amo".

ALONSO LÓPEZ

FOTO ARCHIVO ZIG-ZAG, EL MERCURIO

RICARDO SALGADO